

Con música en el corazón

Hoy llegué tarde a mi clase de música porque hubo una demora en el metro, debido a un corte de luz, aunque realmente tendría que haber salido antes de casa, previendo cualquier contratiempo. La música es una de las cosas que más me gustan en la vida y sé que para alcanzar a ser una buena violinista debo esforzarme y tener mucha autodisciplina.

El profesor ya me estaba esperando y me disculpó más rápido de lo que imaginaba. Es muy serio y exigente para que logremos convertirnos en músicos de verdad; siempre nos dice que la experiencia se construye todos los días, con buenos ladrillos de voluntad y argamasa de paciencia.

La clase fue hermosa, las melodías compensaron el mal rato de la tardanza y pronto me encontré navegando en Venecia, al ritmo de una de las cuatro estaciones de Vivaldi, la más alegre y una de mis preferidas: la primavera.

Mi madre ha estado allí y siempre accede cuando le pido que me describa esa ciudad tan particular, donde la gente, en lugar de utilizar automóviles y autobuses, se traslada en lanchas o en las románticas góndolas. Ella tiene el don de describir los más pequeños detalles, de modo que puedo imaginarla con todo su esplendor, sin necesidad de verla.

Mis abuelos también me cuentan relatos muy divertidos sobre su vida, en el pueblo donde vivieron antes de venir a instalarse en Madrid. Allí nacieron, crecieron, fueron juntos a la escuela y se enamoraron, como dos tortolitos, como les gustaba decir. Antes todo era más tranquilo y la vida más sencilla,

pero igual eran felices ¿o tal vez lo eran por eso? No lo sé, tendré que pensarlo, pues recién se me acaba de ocurrir esa idea.

Lo que me parece raro es que sólo hubiera un teléfono para todo el pueblo y que cada vez que necesitaban hablar, los tenía que comunicar la telefonista (también la llamaban operadora). Además ¡se las arreglaban sin teléfonos móviles, y sin televisión! Pensar que en casa está casi todo el día encendida, pues siempre hay alguien que quiere ver algún programa.

A las mujeres se las consideraba dependientes de los varones e inferiores para tomar decisiones, no podían tener cuentas bancarias, ni votar para elegir a las autoridades ni era importante que estudiaran para ser independientes. Aunque ahora sí pueden hacer todo eso, me parece que todavía hay cosas que no han cambiado para muchas mujeres, pues siempre escucho muchas noticias sobre el maltrato de género y me pongo muy triste.

Bueno, pero en realidad quería contarles lo importante que es la música para mí y la forma en que me ayuda a trasladarme a mundos imposibles, fantásticos. El otro día, por ejemplo, viajé a una ciudad invisible, donde todos sus habitantes volaban al ritmo de su música interior y cada uno veía aquello que necesitaba ver. A pesar de las dificultades que esto podría suponer, no había peleas ni gente enojada, pues cada persona era tan diferente y única, que era casi imposible que todos desearan lo mismo, que compartieran el mismo sueño y las mismas necesidades al mismo tiempo.

Esto era generalmente, claro, pues siempre hay una excepción en la regla, como lo que sucedió cuando dos de los habitantes se encontraron en el mismo sitio, a la misma hora y buscando la misma partitura de música: la novena sinfonía de Beethoven que, como ya sabrán, es una de las más importantes y

conocidas de toda la música clásica. Esto les sucedió a Carlos y Josefina, una mañana de otoño, justo cuando los primeros vientos comenzaban a llevarse las hojas para anunciar el frío y a todos comenzaban a caminar pues les resultaba más difícil volar sobre la ciudad. Ella la necesitaba urgente, pues la última canción coral es el himno de la alegría y el médico le había recetado algo para alejar la tristeza. Carlos también la buscaba con urgencia para ayudar a su profesora a preparar el canto coral, pues iban a festejar el aniversario de haber sido elegida como el Himno de la Unión Europea.

Josefina aprendía a tocar el piano y Carlos tomaba clases de canto. Entonces, por primera vez para los dos, tuvieron que decidir qué hacer con esa única partitura. La tristeza de Josefina era un problema serio pero también lo era para Carlos preparar a tiempo el canto coral. Como vivían en un mundo sin conflictos, no sabían cómo resolver este, de modo que se les ocurrió ver a sus profesores para preguntarles.

En el camino, cada uno contó sus sueños y pronto descubrieron que los dos tenían doce años y que también vivían en el mismo barrio, aunque no lo sabían, porque cada uno iba siempre navegando en su propio mundo.

También se percataron de que cada uno tenía un perro y que siempre iban con ellos a todas partes. Josefina le presentó a Quina, que ya había anunciado su existencia con varios ladridos y Carlos, a su vez, le animó a acariciar a Baltasar que, para no ser menos, también había dado su canina opinión.

Desde pequeños, ambos no sabían el significado de la luz ni el de los colores...Por suerte habían aprendido a salir solos de su casa, siguiendo el ritmo de esas cuatro patas, y se acostumbraron a percibir sus más leves

señales, que eran como sus ojos para interpretar el mundo oscuro, lleno de sonidos y perfumes variados.

Llegaron a la casa de la profesora de Josefina, tocaron el timbre y ella salió a recibirlos, alegre como siempre. Apenas se enteró del problema, les dio una solución sencilla, pero que dependía de la coincidencia los sueños de todos: ¡acompañar con el piano los ensayos del coro! A los ellos les pareció una idea buenísima, pero faltaba preguntarle al profesor. En realidad no hizo falta: escucharon inmediatamente su voz, pues minutos antes había entrado en la sala para escuchar, con mucha atención y en silencio, cómo su esposa les aconsejaba resolver la situación. Los cuatro se abrazaron muy contentos y descubrieron lo fácil que era estar juntos, porque todos tenían música en el corazón.

Esta historia me gusta mucho, y trato de recordarla especialmente cuando tengo un poco de miedo para ir a algunos sitios nuevos con mi perrita. Ella siempre me ha guiado y la sigo confiada, pues todavía no siento mucha seguridad usando solamente mi bastón blanco.

Casi todos mis amigos tienen sus perritos y nos divertimos contando nuestras aventuras, pero a veces me gustaría encontrar otros amigos puedan contarme cómo ven los colores, la luz y todo el mundo directamente, con sus ojos y que, además, tengan música en su corazón.